

EN PUNTO



UNA NUEVA TRAGEDIA KENNEDY

La «última maldición» que podía caer sobre un Kennedy era desviarse por una carretera desconocida con una vieja conocida y que ésta, secretaria ejemplar, muriera en el accidente. En la foto superior, Ted ante los periodistas. Abajo, Mary Jo durante la Campaña Presidencial de Robert Kennedy.



La última tragedia Kennedy es difícil de reconstruir. Faltan datos. Probablemente sólo los conoce enteramente su protagonista y víctima, al senador Edward Kennedy y probablemente, también, tiene algún interés en no esclarecerlos todos. Se está jugando su carrera política. Quizá por ello, y por el terrible precedente de los dos hermanos asesinados, se especula ya en torno a esta tragedia nocturna con la idea del complot. Parece exagerada. El senador salió de una fiesta acompañando a una secretaria política de su hermano Robert; el coche se desvió por un camino solitario, en lugar de continuar por la carretera y cayó al agua desde dos metros de altura; Kennedy pudo salir, pero no la secretaria. Durante nueve horas, Edward Kennedy guardó el secreto del accidente, sin advertir a la Policía, y ha sido condenado a dos meses de prisión —en libertad provisional— por no asistencia a persona en peligro. El senador atribuye este silencio culpable al «shock emocional». Es posible pensar que durante todo ese tiempo estuvo imaginando cómo borrar el accidente que podía costarle una carrera que debía ser brillante, que tenía la posibilidad de llevarle a la Presidencia dentro de tres o de siete años. En la especulación acerca del complot se llega a imaginar que alguien o algunos pudieron fomentar aquella noche algunas de las debilidades de Kennedy —el alcohol, las mujeres bonitas, la velocidad— hasta el punto de hacerle perder el control que ha mantenido siempre con lucidez. Es posible, pero no probable. Como es difícil atribuirlo a un «fatum», como ha hecho el propio senador cuando ha aludido en la televisión a «la horrible maldición sobre todos los Kennedy», en una defensa patética, pero no esclarecedora de los hechos que, sin embargo, ha tenido la virtud de provocar millares de cartas y telegramas pidiéndole que no se retire de la política. En estos casos, las explicaciones suelen ser casi siempre las más simples. Los accidentes son hijos de sí mismos y se suelen producir en una décima de segundo. Se los puede buscar de todas formas una casualidad y en el caso de los Kennedy podría ser la continua tensión vital de una familia que no se ha hurtado jamás a los peligros y que los ha desafiado continuamente. Los rasgos accidentales del suceso no son tan insólitos, y menos en los Estados Unidos: un joven y una muchacha bonita que se desvían por un camino solitario, en la noche y con alcohol, en condiciones poco normales para advertir los riesgos de su camino, es algo que la literatura de sucesos nos ofrece con desgraciada frecuencia. Los hombres ilustres, los hombres míticos, no están exentos de ello. Pero como se supone que son los guardianes de las buenas costumbres y la moral, cuando estos acontecimientos se producen el daño en su carrera es casi irreparable. Kennedy, con su aparición en la televisión y su justificación ante un país, está urgentemente tratando de repararlo, de justificarse y de hacerse perdonar. El tiempo y el prestigio pueden ayudarle.